# Domingo XVII Tiempo ordinario

*Reyes 3,5.7-12; Romanos 8,28-30; Mateo 13,44-52*

***«El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y lleno de alegría va a vender todo lo que tiene y compra el campo»***

26 Julio 2020 P. Carlos Padilla Esteban

***«Necesito la presencia misteriosa de Jesús en lo profundo de mi alma. Sosteniendo mis pasos y haciéndome ver que no hay nada que temer, porque Él va a mi lado caminando»***

**Lo que yo sabía, lo que siempre supe.** Sabía que el P. Kentenich me atrajo un día con el ejemplo de su vida, conmovió mis entrañas y me hizo seguirlo en un camino de paternidad. Sabía y sé que era hombre como yo, hombre herido. Con una historia difícil. Quise descorrer audaz el velo de su misterio, y entrar en su alma para quererlo más y comprender mejor su vida. He querido siempre amar en lo humano y no quedarme sólo en teorías bonitas, en ideas perfectas. Aunque sea más seguro mantener las distancias. He visto en el Padre desde que yo era joven un camino posible para mi propia vida, un camino labrado en la carne, en la piel. Paso a paso, caída tras caída. Nunca me imaginé a un Padre perfecto sin pecado, sin mancha. Los santos pecan, como todos. Nunca pensé que él lo sabía todo y tenía respuestas para todas las almas. No imaginé un padre sin errores, sin confusiones. Seguro que provocó daño sin querer y causaría heridas. Si hubiera pensado que era perfecto e inmaculado, tal vez no hubiera querido seguirle. Hubiera pensado que era inalcanzable. Los padres perfectos arruinan las vidas de los hijos imperfectos. Siempre me fascinó su pasión por la verdad y su honestidad para mirar su propia vida. Reconocía la verdad escondida en el alma de sus hijos y amaba los corazones honestos. Me encanta que no le gustasen las mentiras. Él mismo nunca pretendía ser más de lo que era. Despertó tanta vida en mí su deseo de libertad incluso cuando estaba atrapado entre cadenas. Me conmovieron sus lágrimas atrapado siendo joven en su incapacidad de amar humanamente, cuando estuvo a punto de perder la razón y María vino a salvar su vida. Me enamoró después su paternidad fecunda, su capacidad de amar en lo humano siendo madre y padre al mismo tiempo. Me conmueve su mirada compasiva sobre cada alma, sin importar su origen, sin quedarse en sus capacidades. Envidio su respeto profundo a la originalidad de cada uno, buscando caminos para que todos se sintieran en casa y pudieran echar raíces en un hogar seguro. Ese respeto profundo a la libertad de cada hijo, sin querer imponer nunca un camino ya trazado, me parece su legado más valioso. Para que yo no pretenda marcar caminos a otros o pedirles a los demás que hagan lo que yo creo que les conviene. Miró cada alma sin querer controlarla, dejándola crecer a su propio ritmo. Me enamoró de él esa pasión por la vida que marcó su ruta y esa mirada profética qué veía más allá del desierto un futuro vergel lleno de vida. Me impresionó su imprudencia, tantas veces temida por los suyos. Esa imprudencia que le llevó a no hacer siempre lo políticamente correcto, lo que todos esperaban y deseaban. No quiso someterse siempre a los límites impuestos por el mundo. Me alegra en él ese deje de melancolía en el alma que sueña con el cielo que aún no posee. Viendo la vida abierta detrás de las nubes oscuras. Yo he seguido a un padre capaz de amar lo humano, lo imperfecto y ver detrás de las piedras y de la sequedad del desierto una vida escondida siempre fecunda. Me alegra ese Padre valiente que nunca se guardó las palabras y no mantuvo silencios culpables. Creyó en lo que vivía y lo entregó sin temer que no diera vida. Supo vivir la difamación y el exilio como su camino de santidad. Vivió despojado de títulos y reconocimientos. Sin fama y sin poder dar vida a su obra, su hijo predilecto. Renunció por amor y se asemejó más a Cristo. En su fragilidad, en su herida, palpó de nuevo la misericordia de ese Dios que lo había amado desde la cuna, desde su familia rota, desde su incapacidad de amar cuando era joven. Dios sacó de su alma un jardín inmenso y fue fecundo cuando muchos lo hubieran dudado. Creo en ese Padre capaz de creer en el valor de los vínculos,

esos lazos lanzados por Dios en gestos y abrazos humanos. Creyó en la confianza como el mayor tesoro que podemos dar a alguien, lo más sagrado. Y yo ahora confío en él, en lo que me ha enseñado a lo largo de tantos años. Mi mano se posa de nuevo en su mano para seguir sus pasos. En tiempos revueltos, de tormentas, no pierdo la esperanza. Y no disminuye mi fe en la misión que él mismo me ha confiado. No dejo de creer como él creyó durante catorce años en el exilio. Incluso cuando lo normal hubiera sido desconfiar de la vida. En su herida volvió a creer y a levantar el vuelo. Y ahora me dice que yo también siga confiando y dando esperanza. Sembrando semillas de vida en el desierto que recorro. Creo en ese Padre tan humano, y tan de Dios. Tan niño desprotegido y tan hijo amado de María. Creo en sus palabras porque me abren horizontes y me enseñan el valor profético de los gestos que me permiten ver más allá del cielo gris que ahora contemplo. Y creo, porque lo amo, porque me ha dejado entrar en su alma y he visto su jardín sellado. Creo en él, aunque ahora muchos duden y desconfíen. Yo sigo mi camino detrás de sus pasos porque su vida, toda su vida, **es para mí testimonio de una fidelidad ciega al amor de Dios en su camino.**

**El que no arriesga no gana. El que no lucha no vence. El que no lo intenta no fracasa.** Siempre queda en mi mano el hacer algo o no hacer nada. Canta Rozalén: «*Sólo tropieza el que camina y también hay lugar para el error. Atiende a las señales, en verdad nunca hay nada que temer*». No sé bien cuáles son las razones que tengo para no temer nada. Porque lo primero que siento en el alma es miedo ante los desafíos que se abren ante mis ojos. Temo la posibilidad incierta del error. Me asusta el fracaso. Me quedo mirando a un futuro incierto y temo caer, no llegar tan lejos como quiero. Me asusta no alcanzar las metas soñadas. Puedo ser conservador y prudente apagando el deseo de avanzar. O puedo ser arriesgado y valiente dejando que el fuego del amor impulse mis pasos. Sé que puedo perderlo todo en medio de la batalla. Y también puedo ganar más de lo que nunca he tenido. Vivo queriendo poseer lo que nunca ha sido mío. Y pierdo la vida intentando conservar lo que no me llevaré conmigo, aún siendo ahora mío. En esta vida fugaz que dura tanto. A veces mucho más de lo que yo haya deseado. Y otras mucho menos cuando pierdo en seguida lo que he buscado. ¿Cuánto vale un segundo en mi vida tan larga? ¿Para qué vivir esperando el momento perfecto para actuar y ponerme en camino? Solo falla el que lo intenta y se confunde el que habla. Yerra el que opta, y no el que duda y espera. Hablar antes que nadie tiene más riesgo que vivir esperando el momento perfecto para hacerlo. Puedo decir lo incorrecto o hablar de más. Puede ser que me confunda y confunda a otros. Las palabras se malinterpretan. Tengo claro que uno no puede dar lo que no tiene. Por eso no me asusto ante exigencias imposibles. Ya no sé si tengo que experimentar la desolación para poder llegar a consolar al que más sufre. O si tengo que haber vivido la pérdida antes de acompañar al que ha perdido lo que ama. Tal vez sí. Y en todo caso al menos tengo que haber vivido esa indigencia a la que se refería el Papa Francisco en los inicios de la Pandemia: «*El comienzo de la fe es la experiencia de la necesidad de la salvación. No somos autosuficientes*». Tengo que vivir la necesidad y saber que yo solo no puedo caminar. La experiencia de ser un menesteroso me hace hijo, me hace niño. Mi camino es el de la infancia espiritual. El niño se siente necesitado de su padre y sin él sabe que no puede llegar hasta donde quiere. Y al mismo tiempo, cuando cuenta con él a su lado, no teme las olas en la tempestad ni le asustan los vientos fuertes que empujan su barca sin un rumbo claro. Comenta el P. Kentenich: «*En medio de la inestabilidad actual, las personas necesitan un punto de apoyo*»[1]. Necesito ser salvado de mi indigencia sosteniéndome en una mano que me levante de mi abandono. Es la experiencia más básica y necesaria. Es el único camino de salvación que tengo. La pobreza, la pequeñez. No puedo cambiar la realidad. Tan sólo puedo enfrentarla con un corazón confiado y lleno de esperanza. No puedo acabar con la enfermedad, no puedo ocultar las noticias que no me gustan, las que me difaman, las que me hieren. Sólo puedo enfrentar los vientos con la confianza de saber que descanso en el corazón de Dios. Me gustan las palabras leía el otro día: «*La vida es bella con su ir y venir, con sus sabores y sin sabores. Aprendí a vivir y disfrutar cada detalle, aprendí de los errores, pero no vivo pensando en ellos, pues siempre suelen ser un recuerdo amargo que te impide seguir adelante, pues, hay errores irremediables. Las heridas fuertes nunca se borran de tu corazón, pero siempre hay alguien realmente dispuesto a sanarlas con la ayuda de Dios. Camina de la mano de Dios, todo mejora siempre. Y no te*

[1] Herbert King, *Nº 3 El mundo de los vínculos personales*

*esfuerces demasiado, que las mejores cosas de la vida suceden cuando menos te las esperas. No las busques, ellas te buscan. Lo mejor está por venir».* Me aferro a esta idea, a este sueño. Lo mejor está por venir. Y en medio de la vida necesito a Dios a mi lado y necesito de aquellas personas que me sostienen en medio de mi precariedad. Pedir ayuda me sana, me saca de mi autosuficiencia. Sentirme poderoso me hace prepotente y vanidoso. La necesidad forma parte de mi vida. Soy un necesitado desde que nazco hasta que muero. Vivo mendigando amor, ayuda, cercanía, comprensión, indulgencia, admiración. Necesito el amor en manos humanas. Y la presencia misteriosa de Jesús en lo profundo de mi alma. Sosteniendo mis pasos y haciéndome ver que no hay nada que temer, porque Él va a mi lado caminando. **A su lado todo es posible.**

**Me gusta la petición que hoy escucho en labios de Dios**: *«En aquellos días, el Señor se apareció en sueños a Salomón y le dijo: - Pídeme lo que quieras».* Dios se le manifiesta a Salomón porque quiere saber lo que hay en su corazón. En la respuesta que surge espontáneamente del alma me doy cuenta de la calidad de mi corazón. ¿Qué le quiero pedir a Dios en este momento? Me dice que le pida lo que quiera. ¿Ocurrirá el milagro que le pida? No es Dios como esa máquina que dispensa bebidas obedeciendo mis órdenes. No es automático, al menos no de la manera como yo lo espero. Esta pregunta rompe mis resistencias a pedir. ¿Qué necesito? ¿Qué sueño? ¿Qué desea mi corazón? Me adentro en mi interior buscando respuestas, o necesidades concretas. ¿Qué quiero pedirle a Dios? Salomón es muy sensato en sus deseos: *«Señor, Dios mío, tu siervo se encuentra en medio de tu pueblo, un pueblo inmenso, incontable, innumerable. Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues, ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso?».* No deja de sorprenderme su respuesta. Podía haber pedido paz, riqueza, descendencia. Podía haber deseado una vida plena, sin fracasos, sin angustias, sin sobresaltos. Una vida pacífica y acomodada. Podía haber pedido logros incomparables que superaran los de su padre David. Pero no lo hace. Pide sólo sabiduría. Pide un corazón dócil para gobernar, un corazón capaz de discernir el mal del bien. ¿Es eso bastante para vivir tranquilo? Salomón pide lo que necesita para gobernar a un pueblo inmenso. Se siente pequeño y necesitado. Sabe que, sin sabiduría, sin docilidad, no podrá ser un buen gobernante. Me sorprende cuando veo hoy a los políticos que gobiernan la tierra. No suelen pedirle sabiduría a Dios, ni docilidad. No suele ser su petición más corriente. Han dejado de ver el poder como un servicio y lo ven más como una oportunidad para medrar, para crecer ellos, para tener más. Y retienen el poder en sus manos. Salomón sabe que tiene ante sus ojos una misión imposible. Gobernar con paz a un pueblo difícil, rebelde, inmenso. Y pide docilidad, no pide tener una mano fuerte. Pide sabiduría para distinguir el mal del bien, no pide que su forma de gobierno infunda el temor en los que lo siguen. Docilidad y sabiduría. Sólo son posibles cuando vivo anclado en el corazón de Dios. Dios le agradece a Salomón su petición: *«Por haber pedido esto y no haber pedido para ti vida larga ni riquezas ni la vida de tus enemigos, sino que pediste discernimiento para escuchar y gobernar, te cumplo tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente, como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti».* Le regala un corazón sabio e inteligente. Eso me sorprende y me alegra. ¿Seré feliz siempre con un corazón así? ¿Viviré largos años en la abundancia con un corazón sabio? No necesariamente. Ser sabio no me traerá la paz de forma natural. Pero sí me permitirá vivir tranquilo y agradecido a Dios. Un corazón sabio busca en todo hacer la voluntad de Dios. Y distinguir el bien del mal es necesario para descansar en Él. Sólo el que busca la verdad en Dios no se altera con las contrariedades del camino. Sabe en quién descansa y no teme el futuro. Esa libertad interior me gusta. Quiero ser sabio, como leía el otro día: *«Hablar es de necios, callar de cobardes y escuchar de sabios»*[2]. El que es sabio sabe escuchar antes de hacerse un juicio. Sabe callar y no decir más de lo que es necesario. Sabe esperar su momento antes de tomar una decisión precipitada. El hombre sabio vive con *«el oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo»,* como decía el P. Kentenich. Quiero vivir buscando en Dios el siguiente paso a dar y percibiendo en mi entorno esa voz que palpita en la sangre, en lo que sucede. El hombre necio busca las respuestas sólo dentro de él. No pide ayuda. No busca a Dios. El hombre sabio es un hombre arraigado en Dios. En Él encuentra las respuestas que busca. En Él puede descansar y sabe en cada caso lo que tiene que hacer, decir, callar, juzgar. Esa sabiduría de los

[2] Carlos Ruiz Zafón, *La sombra del viento*

hombres de Dios es la que quiero. No quiero hablar por mí mismo, sino que Dios ponga sus palabras en mi corazón. Quiero ser el instrumento dócil en sus manos y dejar que escuchen la Palabra de Dios en las mías. Y sigan sus pasos en mis pasos torpes. Eso es lo que de verdad deseo. No me importa ser necio a los ojos del mundo mientras siga siendo sabio para Dios. No le pido entonces la realización de mis deseos. Sino que se haga siempre su voluntad en todos mis planes. Esa sabiduría que Dios me regala me hace paciente, manso, humilde, alegre, confiado y fiel. Esa sabiduría para vivir es la que le pido a Dios cada mañana. **Que sepa descansar en Él sin temer que no se hagan realidad todos los caminos que emprendo, todos los sueños que sueño.**

**Me doy cuenta de una verdad muy evidente.** El que ama es más feliz que el que no ama. El que ama encuentra un motivo para luchar, para trabajar, para sobrevivir. Porque alguien le espera para recibir su amor. El que no ama se seca como una planta que no recibe agua. Hoy escucho: *«Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien».* Al que ama a Dios todo le sirve para un bien en su vida. Es curioso. ¿Será siempre así? Quizás el amor a Dios, el amor de Dios, cambia la mirada. Es como el amor humano de una madre que sostiene al hijo en la adversidad. O el amor del cónyuge que mantiene con esperanza al que ha sido condenado a la muerte. El amor recibido, el amor dado, sostiene mi ánimo. Y el mal se torna en un bien tangible. ¿Cómo puede ser eso? La mirada del amor cambia mi propia mirada. ¿Vale todo amor humano? No lo sé. Puede que haya amores que no me dan paz y me dejan un gusto amargo como decía el P. Kentenich: *«Todo amor que no sea de alguna manera amor a Dios deja tras de sí un sabor amargo. Deja el alma interiormente insípida y vacía. En modo alguno da respuesta a la tendencia innata del alma hacia el infinito, hacia el amor infinito. Tal respuesta sólo puede esperarse en cuanto y en la medida en que el amor humano sea amor a Dios, en cuanto y en la medida en que el amor al tú divino y humano confluyan en un único torrente»*[3]. Un único torrente que une mi amor a Dios y mi amor a esa persona que me ama, a la que amo. Mi amor humano me lleva con la fuerza del viento a lo más alto de mi vida, a lo más sagrado. Amo en el otro a Cristo. Es lo que espero y sueño. Que al amar a alguien o al ser amado en la misma o mayor medida, sienta que en ese amor está Dios bendiciendo lo que amo, acariciando mi entrega, validando mi sí torpe y a menudo mezquino. Miro la calidad de mis amores. Miro la hondura de mis raíces. Miro la altura de mi mirada. Más alto, más lejos, más dentro. Sueño con ese amor humano en el que confluye el amor a Dios. Sueño con un abrazo de carne que me hable del abrazo de Dios. Con una palabra torpe, con los límites que tienen las palabras, que me evoque esa palabra de Dios que atraviesa con su ímpetu el alma. Hoy escucho: *«He resuelto guardar tus palabras. Más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata».* Me gusta jugar con las palabras. Como un niño juega con las piezas de un castillo. Cada palabra tiene una apertura hacia lo eterno. Y en sus límites, sin saber bien cómo, se contiene el infinito. Y deja escapar un aliento que todo lo sostiene. Mis palabras son torpes embarcaciones que remontan el río que lleva al corazón de Dios. Pretenden sostener en su grupa todo el cielo reunido en gotas de rocío. Y los vientos arcanos de la vida recogidos en un suspiro. Pretendo expresar el cielo con palabras limitadas, contenidas, incluso reprimidas. No dicen más de lo que pueden. Y sueñan con atravesar los mares infinitos superando el límite del papel, de los labios que las pronuncian. Quiero guardar en mi alma las palabras de Dios. Las que me ha dicho a mí personalmente y también a través de aquellos que me he encontrado en el camino. He visto personas que llevaban guardadas en su alma una carta de amor de Dios dirigida a mí. He leído sus palabras sagradas en sus labios humanos. Y yo mismo he dicho esas palabras de Dios llevándolas en mi pecho, para otros. La palabra de Dios siembra vida y quema muy dentro. Divide el corazón para que sea capaz de optar por el bien, elegir lo más santo. No quiero dejar de verter palabras sobre el papel blanco. No quiero cansarme de decir lo que sueña mi alma. No quiero callar y olvidar. No quiero ocultar a Dios que se esconde detrás de lo que digo, sueño, escribo, dibujo, canto. Ese mensaje escondido que voy sacando como dice hoy Jesús: *«Ya veis, un escriba que entiende del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo».* Quiero ir sacando de mi alma, del corazón de Jesús, lo nuevo y lo antiguo. Quiero dejar que su palabra antigua y siempre nueva despliegue en mi interior todo su poder y me dé vida. No quiero hablar sólo palabrería. No

[3] King, Herbert. King, *Nº 2 El Poder del Amor*

quiero perderme en un juego de palabras que no transmite nada importante. Quiero saber callar y hablar a tiempo. Guardar silencio para escuchar cuando no tenga nada que decir. Esperar a ver si encuentro la palabra oportuna, el silencio santo. Quizás necesito callar para entender qué palabras son importantes. Leía el otro día: «*En el desierto no es posible lo superfluo. En el silencio sólo se escuchan las preguntas esenciales. En la soledad sólo sobrevive quien se alimenta de lo interior*»[4]. Decido alimentar mi mundo interior. Buscar en mis recuerdos, en mi alma sagrada porque Dios la habita. Allí donde puedo encontrar algunas respuestas y muchas preguntas. Allí donde el cielo viene a habitar en mi pecho. Escucho en silencio para saber qué hacer, qué decir y qué callar. No temo el paso del tiempo. Lo cuento con paz, muy despacio entre mis dedos y aguardo a que Dios se haga carne en mi vida. **Esa presencia en mí todo lo transforma y saca agua del desierto.**

**El reino de Dios es un tesoro escondido en medio del campo.** O es una perla fina de mucho valor. O es una pesca maravillosa que supera las expectativas de una tarde en el mar. Esa imagen me gusta y emociona: «*El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo. El reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una de gran valor (…). El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces*». Pienso en un tesoro escondido. Los tesoros se esconden para no ser robados. Tienen perlas finas, y oro, y todos los metales valiosos que el corazón pueda imaginar. Sueño con un tesoro de esos que están escondidos para que nadie los encuentre. Y ni siquiera el que los posee los puede disfrutar. Parece una contradicción. Un tesoro escondido no es útil. Esconder un tesoro es como esconder algo valioso. Guardarlo bajo la tierra pensando que con eso basta. Pero es una riqueza inútil. A veces me empeño en acumular riqueza. O en guardar mis talentos bajo la tierra para que no se pierdan. Me da miedo perder lo que me han dado. O gastar lo que he recibido. Me inquieta la posible pérdida de mi dinero, de mi tiempo, de mi vida. Por miedo a perder lo que más quiero, lo que he conseguido con esfuerzo, puedo llegar a renunciar a aquello en lo que creo. Podrán quitármelo todo, también la vida, pero nadie tiene poder para quitarme el alma. Esa certeza no la puedo perder. ¿Dónde he puesto mi tesoro? ¿Dónde está aquello que más valoro en mi vida? Me asusta pensar que me quiten lo que más quiero. Y tengo vértigo de traicionar mis ideales por no perder el lugar en el que he puesto mi corazón, ese tesoro que me atrapa con finos hilos que atan mi vida como en una red. ¿Dónde está mi tesoro? Donde está ese tesoro que he escondido allí está mi corazón. En ocasiones puede ser la fama y el prestigio, y por conservarlos estoy dispuesto a vender mis ideas, mis principios y valores. Puede ser el dinero mi tesoro real. O ese lugar que ocupo donde me siento seguro. O ese cargo que detento y que tanto tiempo había anhelado. Esos amores humanos que se enraízan en mi alma. El miedo a perder mi tesoro es grande. Tal vez soy capaz de vender mi tesoro pensando en un tesoro todavía más valioso. ¿Dónde hay un tesoro que valga más que mi propia vida? ¿De qué me está hablando Jesús? Me cuesta creer en sus palabras. O más bien no acabo de comprender lo que significa pertenecerle a Él para siempre. Un tesoro es vivir en su reino. Participar de su vida divina que me descentra de mis egoísmos. ¿Vale la pena darlo todo? Comenta Santa Teresita: «*Después de haber dado todas mis riquezas, estimo, como la esposa del Cantar, no haber dado nada. Comprendo que lo único que puede tornarnos gratos a Dios es el amor, que este es el único bien que ambiciono*»»[5]. ¿Lo he dado todo para estar con Él? ¿Es Dios mi tesoro? Jesús me ha dicho que no puedo servir a dos señores, a Dios y al dinero. Pero yo trato de ponerlos delante de mí como la única realidad. Y soy capaz de vender mis ideales a cambio de tesoros temporales que no llenan mi alma insaciable. ¿Cuál es el tesoro detrás del que corro cada día? El tesoro quiere ser en mi vida el amor de Dios. Yo lo he disfrazado de honor, reconocimiento, prestigio. He puesto mi corazón en mi trabajo y la admiración de los hombres. He puesto mi corazón en lugares inestables que se derrumban en medio de la noche. No puedo salvar el tesoro que Dios pone delante de mí. Jesús me pide que sea pobre, que me desprenda de todos mis tesoros que me esclavizan. Y que acumule tesoros en el cielo. El amor es el tesoro más grande que nadie podrá quitarme. El miedo a perder el tesoro que llevo atado en mi alma me paraliza, no me deja ponerme en camino hacia ese tesoro más grande que me da vida. Es lo que sueño. Ser libre para vender mis

[4] José Antonio Pagola, Arturo Asensio Moruno, *El camino abierto por Jesús. Juan*
[5] Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*

pequeños tesoros por el tesoro más grande. ¿Qué haría si encontrara un tesoro delante de mí? Hoy Jesús lo explica: *«El que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. Se va a vender todo lo que tiene y la compra (la perla). Cuando está llena (la red), la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran»*. El que encuentra el tesoro o la perla gasta todo lo que tiene, o lo vende, para comprar lo más valioso. El que tiene una pesca milagrosa lo que hace es quedarse con los peces buenos y dejar los malos a un lado. La perla, el tesoro, el pescado bueno. Elijo lo bueno, lo valioso, lo bello. Me gusta esa imagen. Invierto todo lo mío para adquirir un tesoro que merece la pena. Doy para recibir. Me pregunto si de verdad mi amor a Jesús es el tesoro que llena mi alma. Me gustaría que así fuera, pero tantas veces no lo es. No quiero guardar tesoros que se pierden. No quiero retener mi fuerza, mis talentos, mi belleza por miedo a perderlos. **No me importa. Gano un tesoro que vale para siempre, porque es eterno.**

**Puede que me haya confundido muchas veces poniendo mi corazón en el lugar equivocado**. Hoy Jesús vuelve a decirme que me desprenda de lo que no me hace pleno, de aquello que no me lleva al cielo. El error bendito forma parte del camino, tengo que aceptarlo. Confundir los pasos, guardar tesoros equivocados, es parte de mi vida y de mi libertad para elegir lo que me hace bien. Hoy escucho: *«Mi porción es el Señor. Y mis delicias serán tu voluntad. Yo amo tus mandatos más que el oro purísimo; por eso aprecio tus decretos y detesto el camino de la mentira. La explicación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los ignorantes»*. Es la mirada del santo que descubre la belleza escondida. Y es capaz de distinguir a unos peces de otros después de una pesca maravillosa. Halla tesoros bien guardados y valora como lo más grande ese amor que Dios le ha dado. Dios es mi porción y mi ganancia. Él tiene el poder sobre mi vida. Quiero dejar de lado lo que me quita la alegría y dejar que el amor de Dios penetre dentro de mi alma y me vista de sus más bellas joyas. Para eso tengo que estar desprendido de todo lo que me aleja de Él. A menudo vivo desparramado por la vida buscando que me sacie lo que no sacia mi sed de infinito. Quiero asumirlo con mucha paz. ¿Qué quiere Dios de mí? Me lo pregunto mientras me desgasto. ¿Quiere que entregue mi vida como lo estoy haciendo hasta ahora? ¿Quiere algún cambio? Tal vez hoy me quedo con una imagen: cavar hondo en la tierra buscando un tesoro escondido. A lo mejor el tesoro no está tan lejos como pensaba. He buscado tesoros en tierras lejanas, con brújula, con planos. He pensado que hacer cosas es lo que me da paz. O vivir en tal o cual lugar. Pero al final eso no es lo más importante. Lo fundamental no es lo que hago, ni siquiera con quién lo hago o dónde lo hago. Lo importante es lo que estoy viviendo y cómo estoy viviendo desde mi interior. Lo que vale es vivir atado a aquello que le da sentido a todo lo que hago. Incluso a los errores y las caídas. Lo valioso es pensar que dentro de mí hay un tesoro que guarda celosamente Aquel que más me ama. Él lo acaricia mientras se pregunta por qué tardo tanto en encontrarlo dentro de mi propia alma. Es la paradoja. Está dentro de mí y yo lo busco fuera. Así lo explica S. Agustín en sus *Confesiones*: *«¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! y Tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebraste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseo con ansia la paz que procede de ti»*. Tengo en mi alma un tesoro en el que Dios espeja su propia belleza. Dentro de mí está Él y me permite mirar más allá de mis errores y torpezas. Él sabe que soy débil y me ama. El tesoro es todo aquello que tantas veces no he valorado de mí. Son esos rasgos que tal vez el mundo no ve. O yo no veo en comparación con lo que brilla fuera de mí. No es oro todo lo que reluce. Me digo tantas veces. Tampoco pienso que todo lo que brilla es malo, ni mucho menos. Pero creo que no valoro tanto mi tesoro como lo que brilla en otros. Me quedo en que yo no valgo tanto, no soy tan bueno, tan inteligente, tan capaz. Me abruma mi pobreza y no la valoro como un tesoro digno de los mejores reyes y palacios. Ese soy yo. La mirada de Dios sobre mi vida me hace ver que valgo mucho. Soy más valioso que nada en este mundo. No quiero olvidarlo. Pienso entonces que no tengo que buscar fuera de mí lo que me falta, sino más bien en mi interior. Allí donde Dios habita y yo soy ese niño con sonrisa ancha y ojos grandes. Con el alma inocente y pura y el deseo de entregarlo todo por un amor más grande. Soy ese niño con miedos y anhelos de infinito que recorre los caminos cargado

y con prisa. Soy ese niño que desea descansar a la sombra de un buen árbol esperando a que el sol deje de quemar tanto. Me gusta mirar a ese niño y ver en él el tesoro guardado. El alma pura y los deseos más grandes. Ese tesoro que guardo sin saberlo, lo conservo sin poseerlo del todo. Porque no lo veo, no lo aprecio, no lo distingo entre las piedras y ramas dentro de mí mismo. Y busco fuera de mí lo que no me hace falta. Envidio lo que otros tienen sin pararme a valorar la vida que yo tengo. Aprecio más lo que otros parecen vivir con alegría, sin llegar a pensar qué es lo que de verdad ellos sienten. Tengo que ser feliz con mis tesoros, sin desear otros. El camino de la felicidad pasa por **aceptar mi presente, mi vida, mi tesoro, sin desear lo que no está dentro de mi camino.**